

TRABAJOS CON PAPEL Y TINTA

José CASTELLS ARCHANCO
josecastells@telefonica.net

Para este primer artículo en la Revista Pregón he elegido una de mis aficiones: la bibliofilia. En él no pretendo descubrir nada nuevo, todo está escrito y bien escrito por parte de sesudos y doctos estudiosos del tema, yo simple y modestamente pretendo acercar aquí un elemento que desde hace casi 600 años forma parte muy principal de la vida de la humanidad y que a lo largo de su historia ha tenido etapas, modas, artífices, artistas, mecenas, devoradores de sus contenidos, detractores de los mismos y avatares varios: el libro impreso. Antes de entrar en materia he de agradecer a la revista *Pregón* la tribuna que me presta para contar mis cosas. Muchas gracias.

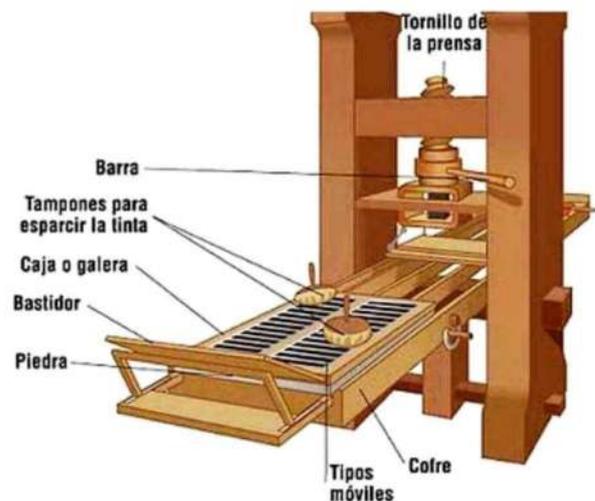
La aparición del libro impreso supuso un punto de inflexión en la sociedad tan importante como hoy en día está suponiendo la informática. Está claro que hay un antes y un después del libro igual que hay un antes y un después de los megas, los gigas y los teras, pero su influencia social fue menos generalizada que la obtenida por el mundo informático en la actualidad, ya que el analfabetismo no se combatió de una manera eficaz hasta bien entrado el siglo XIX.

Sus definiciones son múltiples, pero fundamentalmente podríamos decir que un libro es un conjunto de hojas impresas agrupadas en cuadernillos que son cosidos entre sí para que, a modo de bisagra, pueda abrirse y ser leído, todo ello protegido con unas sólidas tapas. La Unesco y la RAE, en su 7ª acepción, lo definen como: "Un impreso no periódico que reúne en un solo volumen más de 49 páginas excluidas las cubiertas".

Bien, definiciones y cuestiones semánticas aparte, todos sabemos qué es y para qué sirve un libro, lo que no tengo tan claro es que conozcamos la historia y la composición del libro como artefacto.

Empecemos por el principio. Es bien conocida la historia de la invención de la imprenta por parte de Gutenberg, pero la cosa tiene miga. Gutenberg no era un impresor sino que era un orfebre, él tenía amplios conocimientos sobre la fundición del oro y sabía manejar a la perfección el buril con el que arrancaba formas y figuras al metal. Buscó y halló una aleación de metal que permitiese construir

unos tipos móviles que resistiesen varias prensadas sin deteriorarse. En realidad, lo de imprimir con una prensa ya estaba inventado, se hacía utilizando tipos de madera, xilografía, o en China con tipos de porcelana, pero con ellos no era posible llevar a cabo una edición ni medianamente amplia ya que se deterioraban con suma facilidad. Gutenberg consiguió fabricar tipos móviles de una aleación de plomo con los cuales ayudado de un componedor y de una prensa de bodega reformada consiguió imprimir a la perfección y en repetidas ocasiones. En 1452 decide atacar su primer proyecto editorial serio: la B42, su famosa *Biblia* de 42 líneas. Para ello hubo de entramparse y no consiguió acabar el proyecto antes de que se le acabase el dinero, su prestamista no amplió el préstamo y se apropió del negocio, quedando el pobre



Prensa de Gutenberg.

Johannes en la ruina total: por lo visto fue el primero en todo, ya que las ruinas de los impresores eran cosa harto frecuente. De la B42 se editaron 180 ejemplares que se vendieron como churros (en la actualidad quedan 49, solamente 21 completos, en España un ejemplar casi completo en Burgos y otro múmero del volumen II en Sevilla). La perfección del trabajo propició más encargos a los nuevos propietarios del ingenio del de Maguncia, el cual, recogido en la caridad del señor obispo, rindió cuentas al Altísimo en la mayor de las miserias en 1468.

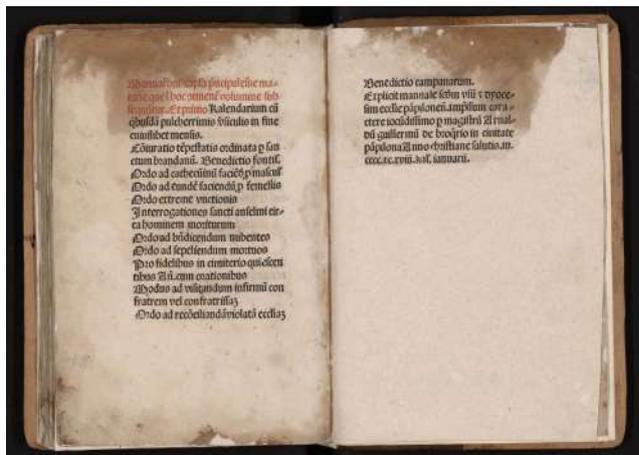
El nuevo invento tardó pocos años en salir de su Alemania natal: entre que su inventor había vendido sus secretos para paliar su pobreza y lo fácil que resultó copiarlo, pronto se extendió por toda Europa.

En los albores las imprentas eran pocas e importantes, el oficio y el servicio que daban a una ciudad estaba considerado al más alto nivel, en los mapas se consignaba si una ciudad tenía universidad, catedral e... imprenta. A España llegó el año de 1472 a la ciudad de Segovia, la primera población editora de la península, y el primer libro impreso fue el *Sinodal de Aguilafuente*. En 1474 Lambert Palmart dio a la prensa en la ciudad de Valencia *Trobes de sacratísima verge María*, de Bernat Fenollar, considerado el primer libro de contenido literario editado en España, o futura España, por mejor decir.

A nuestra tierra no llegó hasta 1490. En esa fecha arribó a Pamplona un francés, dicen que respaldado por el rey Juan de Albret, que se estableció en nuestras calles para montar la primera imprenta del, todavía, reino de Navarra, Arnao Guillem de Brocar era su nombre y nos legó 25 preciosos incunables pamplonicos y 3 postincunables. El primero de ellos fue *Manuale secundum consuetudinem (...) ecclesie Pampilonensis*, edición de la que solo se conserva un ejemplar, en la Biblioteca Nacional de Madrid.

Arnao trabajó mucho y bien y se casó con una navarra llamada María Zozaya con la que tuvo tres hijos: Juan, Pedro y María. Ésta casó con el estellés Miguel de Eguía, continuador del oficio de su suegro, primer impresor navarro y con el tiempo ricohombre de muchos negocios. Vivió en Pamplona hasta 1501, año en el que buscando mayor seguridad política se fue a vivir a Logroño, donde dejó impresas más de 50 obras; en 1510 se

desplazó a Alcalá de Henares requerido por el cardenal Cisneros para editar la *Biblia políglota*, lo cual lo colocó a la cabeza de los impresores españoles.

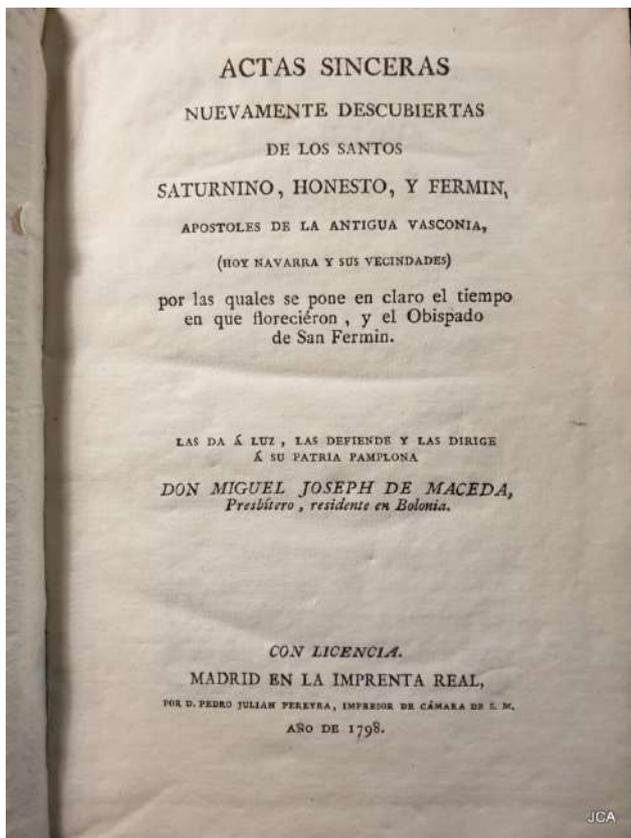


Primer libro impreso en Pamplona.

Mientras tanto en Europa eran muchos los artistas del ramo que destacaban, pero a la cabeza de todos ellos, indiscutiblemente, estaba el veneciano Aldo Manucio.

Teobaldo Manucio (Bassiano 1449-Venecia 1515), puede ser considerado el padre del libro impreso tal y como hoy lo conocemos. Él cambió el fondo y la forma, rescató obras clásicas, sobre todo griegas, que se hallaban en manuscritos desperdigados por media Europa y las editó: Aristóteles, Aristófanes, Sófocles, Herodoto, etc., etc., formaban parte de su catálogo; también clásicos latinos e italianos, como Petrarca o Dante, encontraron un lugar en su oferta. Él inventó un tipo de letra universalmente utilizada en la actualidad: la cursiva; con ella conseguía apretar los textos y poder editar en 8º, es decir de bolsillo, haciendo las ediciones más asequibles a lectores más modestos.

Los libros de la imprenta aldina hoy son tesoros que alcanzan cifras astronómicas en el mercado, su anagrama inconfundible ha superado los siglos y sigue vivo: Áncora y Delfín. El máspreciado de todos los salidos de sus prensas es *Hypteromachia Poliphili*, *El Sueño de Polifilo*, de un desconocido Francesco Colonna, en el cual se pone a parir a toda la clase política de la época y se acompaña el texto con unos grabados rayanos en la pornografía. Su precio en el mercado hoy puede superar los 400.000 €. Pero ese tema de la pasta es harina de otro costal que dejaremos para otro Pregón.



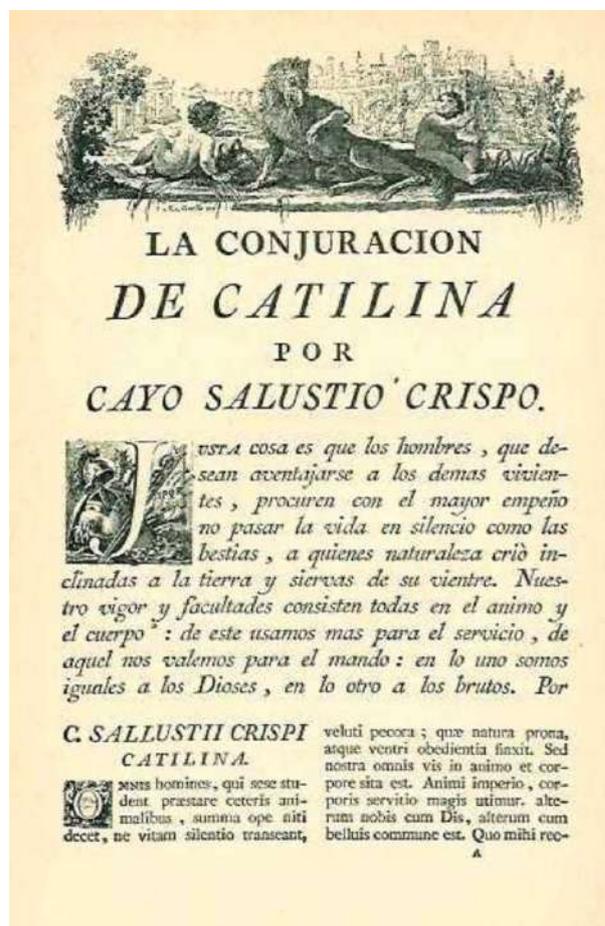
Libro salido de la Imprenta Real en 1798.

Daremos un gran salto en el tiempo para llegar al siglo XVIII español, indiscutible Siglo de Oro de la imprenta. En la segunda mitad del XVIII trabajaron en España los mejores impresores de la historia, sería prolijo nombrarlos a todos, pero es obligado citar a los más destacados. Empezaré por Antonio Marín y su hijo Pedro, en cuya imprenta tenía un rincón con su caja de tipos, su prensa y su papel el rey Carlos III de Borbón, gran aficionado a la estampa; la imprenta Real, que lanzó, entre sus miles de trabajos, en 1798 un primoroso libro con un tema muy nuestro: *Actas sinceras nuevamente descubiertas de los santos Saturnino, Honesto y Fermín*, del padre Joseph Maceda, de cuya edición existen ejemplares que parece que hubiesen salido ayer de la imprenta, el papel blanco, sin mota alguna de óxido y la nitidez de sus tipos y grabados denotan su gran calidad; Antonio Sanz, cuñado de Sancha e impresor del Rey y del Real Consejo; Benito Cano, editor de la *Biblia Vulgata* traducida al español; José y Tomás de Orga, y Benito Monfort, en Valencia; y el gran Antonio de Sancha (Torija 1720-Cádiz 1790) que abarcaba toda la oferta, pues era encuadernador, editor e impresor; hubiese sido el mejor de no haber sido coetáneo del auténtico número uno de la imprenta española: Joaquín de Ibarra y Marín (Zaragoza

1725-Madrid 1785), el auténtico revolucionario de la edición en España. Se formó en la Imprenta Pontificia y Real de Cervera, donde se graduó en latín y griego. En 1754 se estableció en Madrid en la calle de las Urolas (Vélez de Guevara), primero, y en la calle de las Gorgueras (Núñez de Arce), después.

En sus prensas llegaron a trabajar 100 impresores que hablaban latín y eran hombres muy versados en muchísimos temas, el propio Ibarra los examinaba para tomarlos en sus filas. Él cambió la V por la U (ya no se escribía QVE sino QUE), cambió la S alta, parecida a la F, por la S baja, y él fue el primero en volver a pensar el papel para quitar la marca en relieve que el tórculo dejaba.

Fue impresor oficial del Rey, del Arzobispado de Madrid, del Consejo de Indias y de la RAE, quien le encargó la edición del *Quijote* más perfecta que del inmortal hidalgo se haya hecho jamás, cuatro volúmenes in-4º mayor, con tipos nuevos de su conocida "Ibarra real", con un papel excelente y con el concurso de los mejores dibujantes y grabadores de la época.



El Salustio de Ibarra.

De sus prensas salió en 1772 *La guerra de Yugurta y la Conjuración de Catilina*, de Cayo Salustio Crispo, conocido en bibliofilia como el Salustio y considerado el libro mejor impreso en España de todos los tiempos. Fue un encargo del infante D. Gabriel, quien costéó la edición de la que se hicieron 120 ejemplares destinados a la familia real con una maravillosa encuadernación en tafilete rojo con el escudo real en las tapas.

En Pamplona también tuvimos un buen número de impresores en esa centuria. Los principales sin duda fueron la familia Martínez, fundada por José Joaquín Martínez en 1716 y continuada por sus herederos y viuda hasta 1770. En esos 54 años editan en su imprenta de la calle Mercaderes 177 libros, lo que supone una cuarta parte del total de las obras impresas en Pamplona en ese siglo. Le siguen de lejos los Rada, Pascual Ibáñez, Benito Cosculluela, José Longas, Ezquerro y otros, hasta completar un total de 28 oficinas de imprenta cuya media de producción era de 1,6 libros al año, muy poco: las imprentas ganaban el sustento con la edición de bulas, papeles legales y oficiales y opúsculos varios, la edición de un libro era cosa excepcional. No solo Pamplona disfrutó de la labor de los impresores, también se editaron libros en Estella, Olite, Tafalla, Tudela, Corella, Puente la Reina, Viana, Peralta, Los Arcos y Adiós.

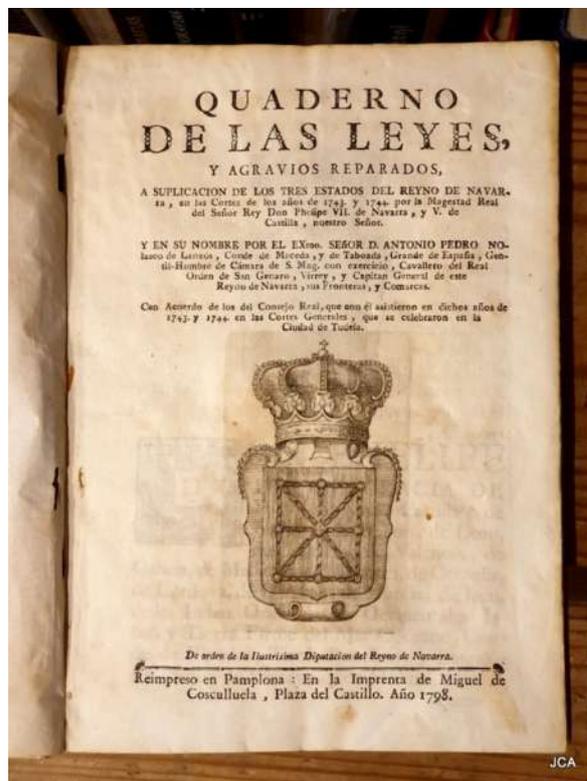


Obra impresa en Pamplona.

Bien, hemos visto algo, muy poco, de quién lo hace, veamos ahora qué hace. Veamos de qué se compone un libro y qué pasos sigue hasta que llega a nuestros ojos.

Lo primero y principal es el papel, sustituto de papiros, pergaminos y vitelas. Pero... ¿de dónde viene el papel? Indiscutiblemente es

de origen chino. Existe una conocida leyenda que refiere cómo llegó el invento de China a Occidente: la leyenda de Samarcanda. Ella cuenta como el año 751 llegaron a la ciudad dos prisioneros chinos que los árabes habían capturado. Ante el temor, bien fundado, de perder la vida los reos dijeron a sus



Obra impresa en Pamplona en 1789.

captadores que poseían el secreto de fabricar, a partir de fibras vegetales, unas finas láminas blancas y flexibles donde se podía escribir. Los árabes abrieron las orejas a la propuesta y les proporcionaron lo necesario para obrar. Los chinos pusieron ante sus carceleros unas lisas y blancas hojas que los dejaron anonadados. Pronto se encargaron de ir extendiéndolo por sus vastos dominios llegando a España en el siglo X para, desde aquí, ir subiendo por Europa. Esto dice la leyenda. Ni pongo ni quito. Como diría un italiano, *se non è vero, è ben trovato*.

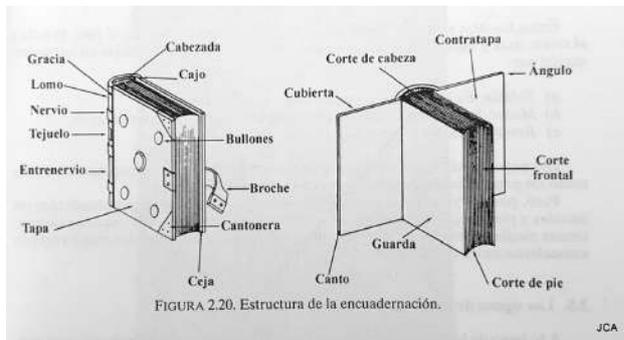
El papel se fabrica a partir de trapos de lino, algodón o cáñamo troceados, fermentados a remojo, y bateados con fuerza y agua hasta que se convierten en una pasta llamada pulpa que convenientemente trabajada y encolada, nos da el maravilloso papel de trapo, ese papel que visto al trasluz nos presenta unas líneas horizontales llamadas puntizones y otras verticales más separadas entre

sí llamadas corondeles, correspondientes a la trama que forma el tamiz donde se coloca la fina capa que se convierte en pliego.

El pliego es la gran hoja con la que trabajaba el impresor, en él se imprimen varias páginas del libro: si son dos páginas por cada cara estaremos imprimiendo un libro in-folio, si imprimimos 4 por cada cara será in-4°, si ocho será in-8° y así sucesivamente; luego se pliega or sus marcas y se forma el cuadernillo.

En cada página se numera la paginación del libro, pero en cada cuadernillo se ponía en el margen inferior derecho la signatura, que es el orden que debe seguir el encuadernador para no errar en la composición del volumen. Las signaturas han sido muy variadas, con el tiempo la imprenta regularizó un sistema aceptado por todos en el que se emplean letras y números, así por ejemplo la hoja de un libro que en su margen inferior lleve escrito A y en las siguientes A2, A3, A4 y en las cuatro siguientes no ponga nada, significa que está compuesto por cuadernillos de ocho hojas y así seguirá con la B, la C y todas las letras que sean menester, si se acaba el abecedario se pondrá Aa, Bb, Cc... etc. Con la descripción de las signaturas, entre otros datos, es como se cataloga un volumen.

de todos Emilio Brugralla (Barcelona 1901-1987), un auténtico maestro a nivel mundial, sus obras hoy alcanzan altas cotizaciones contengan lo que contengan bajo sus ricas tapas. También su compañero Antolín Palomino o los madrileños Galván o Camacho son grandes artistas de la chifla y el tejuelo. La biblia del encuadernador la escribió Monje Ayala, otro gran artista.

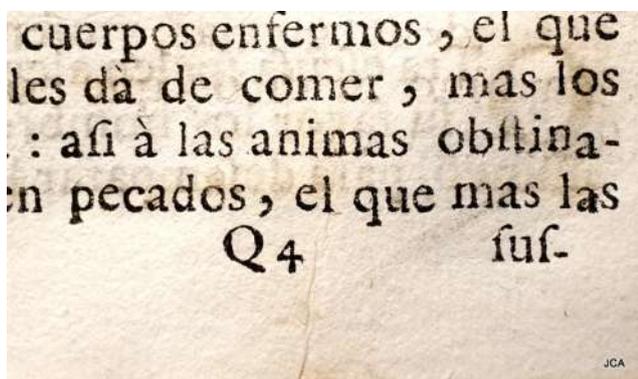


Partes de un libro.

En Pamplona trabajaron mucho y bien Azurza en la calle San Agustín, y Salaberrí en la calle Ansoleaga, Alfaro en la calle del Carmen sigue ofreciendo sus servicios, o Rafa Maeztu en su taller de la Rotxa, entre otros. En encuadernación de gran altura y artística destaca Jesús Pagola, de quien tuve la suerte de ser alumno en su antiguo taller de la calle de la Merced, hoy lo tiene en Manuel de Falla; locamente enamorado de su profesión, premiado internacionalmente, sanador del *Theatrum Orbis Terrarum* de Abraham Ortelius



El encuadernador chiflando la piel.



Signatura Q4 en un volumen.

Una vez impresos y doblados los cuadernillos pasarán a las manos del encuadernador. Siendo grande el arte de la impresión el de la encuadernación no le va a la zaga, este artesanal oficio ha tenido grandes maestros prácticamente desde el mismo nacimiento del libro. Las encuadernaciones renacentistas, las mudéjares, las barrocas, las románticas, a la romana, pergamino, holandesa puntas, pasta española, valenciana, gitanilla, etc., etc., se han ido sucediendo en el tiempo y en cada época ha habido artistas destacados. En el siglo XX sobresale por encima

(Amberes 1527-1598) que apareció maltrecho en los sótanos de la Biblioteca General de Navarra, y que es quien amablemente se ha prestado a abrirnos su sancta sanctorum para realizar las fotos que acompañan este artículo.



Colocando las guardas.

El artesano tomará en sus expertas manos unos pliegos doblados, el libro en rama, y a base de conocimientos, arte y cariño los convertirá en un volumen digno del más exigente bibliófilo o en uno modesto para un modesto bolsillo, la diferencia está en el traje final. Los primeros pasos de su trabajo son comunes a los dos tipos de obras: ordenar, coser, prensar, encolar, sacar los cajos y aplicarle todos los elementos funcionales que el libro necesita, tarlatanas, fuelles, cabezadas, etc. Es a partir de aquí cuando el encuadernador acabará su labor con unas simples tapas de cartón revestidas de tela o de guaflex o se empleará en una plena piel de cabritilla, con lomos y tapas preñados del pan de oro que le marcará con hierros, paletas y ruedas, con sus ricos tejuelos entre nervios, con oro en cantos y contracantos, guardas de muaré, cabezadas bordadas en seda y cortes tintados, ¿quién da más? Una obra de arte.

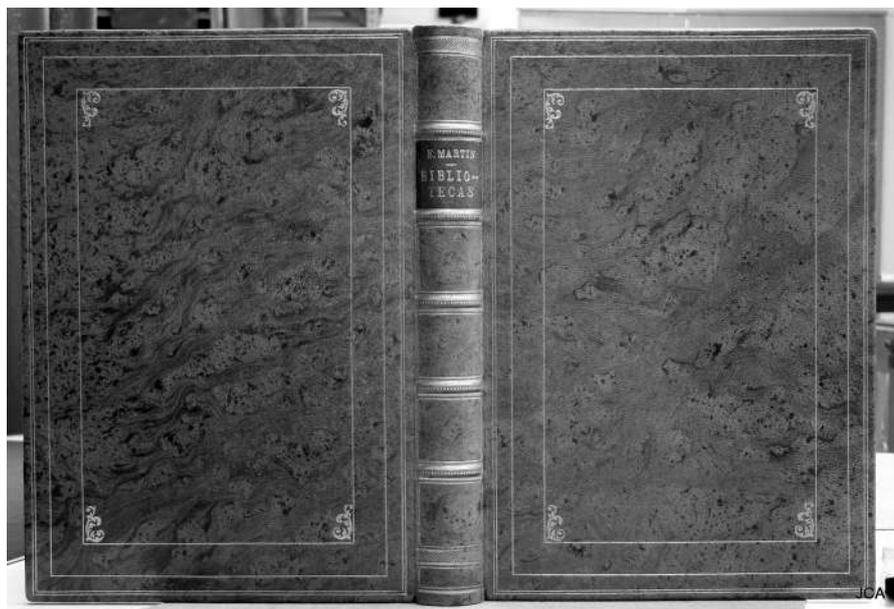


Sacando el cajo.

Sea cual sea su acabado ya tendremos, por fin, el libro en las manos para poder empezar a bucear en su interior.



Pilas de libros secándose.



Libro acabado en pasta española.

El espacio es limitado y hasta aquí hemos llegado hoy, evidentemente queda muchísima tinta en el tintero, la iremos convirtiendo en letras para meternos en asuntos como las licencias para editar que tantos pleitos y envidias provocaban, los mecenas (Cervantes no le dedicó el primer volumen del Quijote al Duque de Béjar y el segundo al Conde de Lemos porque sí), veremos el mercado de antiguo y su historia, veremos anécdotas de libreros, veremos a los bibliófilos y bibliópatas, capaces de las mayores trampas, tropelías y malas artes para conseguir un codiciado volumen y veremos miles de cosas más, en los libros caben todas.

Terminaré con una frase que una vez leí no sé dónde: La imprenta es un ejército de 26 soldados de plomo con los que se puede conquistar el mundo.

Bibliografía:

- Mendoza y Díaz-Maroto F., *La pasión por los libros un acercamiento a la bibliofilia*, Espasa, Madrid, 2002.
- Moral Sandoval E., *Algunas noticias sobre el impresor aragonés Joaquín Ibarra y Marín*, Asociación de libreros de viejo, Madrid, 1995.
- V.V. A.A. *La imprenta en Navarra*. Diputación Foral de Navarra, instituto príncipe de Viana, Pamplona, 1974.
- Iturbide Díaz J. *Escribir e imprimir. El libro en el Reino de Navarra en el siglo XVIII*. Gobierno de Navarra, Pamplona, 2007.
- Jafaye J. *Albores de la imprenta*. Fondo de cultura económica, México D. F., 2002.
- Pedraza, Clemente y de los Reyes, *El libro antiguo*, Síntesis, Madrid, 2003.
- Eroles E., *Diccionario histórico del libro*, Edit. Milla, Barcelona, 1981.
- Barbazán J. *Recuerdos de un librero anticuario madrileño*, autoedición, Madrid 1970.
- Vallado Menéndez J. M., *Manual de encuadernación*, autoedición, Gijón, 1985.



Ilustración típica de fin de capítulo de un libro antiguo.